

LA BÚSQUEDA

José Joaquín Blanco Alfaro / Escuela Nacional Preparatoria

Mercedes llegó a la esquina donde un señor esperaba que el semáforo pusiera su luz roja para poder cruzar la calle.

—Perdone, ¿conoce usted a Juvenal Mendoza?

—¿What?

—Discúlpeme, yo pensaba que en la capital aún se hablaría en español.

El gringo alzó los hombros y cruzó la calle seguido por Mercedes. En la otra esquina un muchacho hojeaba revistas en un puesto de periódicos.

—Perdone, ¿conoce usted a Juvenal Mendoza?

—¿A Juvenal Mendoza?

—Sí, a Juvenal Mendoza.

—Oye cuate, ¿conoces tú a Juvenal Mendoza? Ya lo ve, señora, aquí no conocemos a Juvenal Mendoza.

—Muchas gracias.

Mercedes pasó con su niño en brazos frente a una iglesia que inevitablemente le recordó la de su pueblo, aquella vez que entró con Juvenal. La iglesia estaba vacía y por las ventanas caían chorros de luz que le daban un color como de sueño. Se fueron a hincar al comulgatorio y él, fingiendo la voz gangosa del cura, preguntó:

—Señorita Mercedes Rodríguez, ¿acepta usted por esposo al señor Juvenal Mendoza?

—¿Qué digo tú?

—Pues lo que quieras.

Se puso roja roja y, aparentando firmeza, contestó:

—Pues yo sí quiero.

—Señor Juvenal Mendoza, ¿acepta usted por esposa a la señorita Mercedes Rodríguez? —Sí, padre. Y la besó largamente como en un final de película

—Perdone, ¿conoce usted a Juvenal Mendoza?

—¿A un muchacho moreno, de 1.60 de estatura, flaco y como de veintidós años?

—Sí, a ése.

—¿Tiene los ojos negros, chiquitos; la nariz aguileña y un lunar en la mejilla, al lado izquierdo de la boca?

—No, Juvenal lo tiene al lado derecho.

—Entonces no lo conozco.

—Muchas gracias de todas maneras.

Siguió caminando con su niño en los brazos, preguntando en peluquerías, misceláneas, supermercados, librerías de viejo, hasta llegar a una fonda donde una matrona enorme gritaba a cocineras y galopinas que se apuraran a servir a los clientes.



—Perdone, ¿conoce usted a Juvenal Mendoza?

—No, mujer. ¡Ey tú, Francisca, lava bien esa cuchara que ya se han quedado los clientes porque los cubiertos están sucios!

—La estoy lavando bien, señora.

—Más te vale, una queja más y te echo fuera.

—Está bien, señora.

La fonda tenía un evidente aire provinciano, hasta tenía adornos de papel de china de muchos colores como los que había en el pueblo de Mercedes cuando el Baile de la Independencia. Después de gritar: “¡Viva México!” hasta enronquecer, empezó la fiesta. Toda la gente bailó y chupó durante horas. Como a las tres y media de la madrugada Mercedes aceptó irse a dormir con Juvenal pero, al salir, el hermano de Mercedes se dio cuenta y gritó:

—Oye, cabrón, a dónde te llevas a mi hermana.

—Ella quiere irse a mi casa, compadre.

—Tú te la llevas y yo te rompo el hocico, hijo de la chingada.

—Pues vayámonoslo rompiendo de una vez.

—Como quieras, cuate. —Pero al querer levantarse de la silla, el hermano de Mercedes atoró el pie con uno de los barrotes y fue a dar al suelo de un zapotazo, tirando con la mano una botella de cerveza. Todos rieron. Juvenal tomó a Mercedes, la abrazó de la cintura y la llevó a su casa.

—¿A quién me dijiste que buscabas?

—A Juvenal Mendoza, señora.

—¿A Juvenal Mendoza? Oye viejo, ¿conoces tú a Juvenal Mendoza?

—¿Juvenal Mendoza? No, no me suena.

—Bueno, así se llamaba. Pero ahora puede decir que su nombre es Pancho López o Jorge Negrete.

—¿Y por qué vienes a buscarlo aquí?

—Porque él me dijo que se venía a trabajar a México.

—¡Mujer! ¿Cómo esperas hallarlo en una ciudad tan grande sin saber su dirección?

—Pues buscándolo.

—¡Qué estúpida eres! ¿Y para qué quieres verlo?

—Para decirle que ya no me ande difamando de que soy mula, porque ya le di un hijo.

—¿Es tu esposo?

—No, me dejó al venirse a la capital a trabajar de peón en una obra, y no me quiso traer porque dijo que para qué quería a una vieja que no le daba hijos, que era como quien dice nada más un adorno.

—Vaya, vaya . . . ¿Y piensas dar con él?

—Pues sí, como dice el dicho: “El que busca encuentra.”

—¡Pero no entre millones de personas!

—Quien quita . . .

—¿Ya comiste mujer?

—No, ni siquiera cené anoche.

—¿Traes dinero?

—No, todo lo gasté para venirme.

—Bueno. Paulina, sírvele de comer a esta muchacha. Y trae leche tibia para el niño.

—Lala, mira que te está cotorreando para comer de gorra.

—Tú callate, cabrón, que si no me hubiera fajado las enaguas desde un principio, me hubieras hecho la misma gracia. Y apúrate a lavar platos, en lugar de estar metiéndote en lo que no te importa.

—Está bien, está bien, pero no te enojés, Lala.

Haciendo honor a sus extraordinarias dotes de acrobacia, las meseras repartían platillos y recogían trastes rápidamente, saltando entre las mesas atiborradas de empleadas y obreros que comían con apresuramiento, pero sin dejar de llevar con los pies el ritmo de una canción de Raphael que tocaba la sinfonola.

—¿Y cómo lo conociste?

—Juvenal era amigo de mi hermano. Al principio quería casarse conmigo, pero me dejó al venirse porque decía que yo era mula.

—¿Y el niño?

—Nació mucho después de que se había venido a trabajar. Desde que sentí que iba a tener un hijo, días después de que me había dejado, pensé buscarlo para decirle que ya no me anduviera echando calumnias.

La matrona le ofreció emplearla, mientras se hacía de algún dinero para continuar la búsqueda, pero Mercedes dijo que no quería perder tiempo y siguió caminando y preguntando todo el día. Cuando fue de noche se sentó en una banca de un parque y esperó a que pasara un muchacho para preguntarle si conocía a Juvenal Mendoza. El muchacho no le sonó el nombre, pero preguntó a su vez si ella conocía a Felipe González. Cuando ella negó, el muchacho le dijo que estaba teniendo el gusto de platicar con Felipe González, porque era él. Rieron un rato y Felipe la invitó a dormir en el cuartucho que alquilaba en una azotea no muy lejana. Al día siguiente Felipe le pidió que se quedara a vivir con él, pero ella no quería perder tiempo; así que siguió caminando durante muchas semanas, preguntando a todo aquel con quien se topaba si por casualidad conocía a Juvenal Mendoza. Nadie sabía de él hasta que se encontró a un grupo de albañiles que estaban comiendo en un parque.

—Perdonen, ¿conocen ustedes a Juvenal Mendoza?

—¡Oye, Juvenal, aquí te anda buscando una señora!

Juvenal estaba orinando. Se apuró y, cerrándose la bragueta, volteó:

—¡Meche, qué milagro!

—Ningún milagro. Te he buscado por toda la ciudad para decirte que ya no andes diciendo que soy mula porque aquí traigo a tu hijo.

—¿Y nomás a eso veniste?

—Sí, nada más a eso.

—Bueno, es que se me ocurrió que ahora que dices tener un hijo, me ibas a pedir que nos casáramos.

—No, eso pensaba antes. Cuando empecé la búsqueda pensaba: “Quien quita y cuando vea a su hijo a lo mejor me va a pedir que nos casemos.” Pero me he acostumbrado a buscarte. Te voy buscando por toda la ciudad y cuando tengo hambre voy a una fonda y pregunto: “Perdone, ¿conoce usted a Juvenal Mendoza?” Me dicen que no, pero me dan de comer. Lo mismo cuando necesito un vestido: voy a un puesto de ropa en algún merca-

do. Y cuando necesito zapatos, pañales o dónde y con quién dormir, hago lo mismo. Así que ya te demostré que no soy mula y voy a seguirte buscando.

Un niño que venía arrastrando un carrito los miraba sin entender lo que decían. Mercedes le preguntó que si conocía a Juvenal Mendoza. No lo conocía pero sí, en cambio, a Alberto Suárez, que era un señor que había ido a componer la lavadora de su casa. Mercedes acarició el pelo del niño y le prometió que en cuanto encontrara a alguien que anduviera buscando a Alberto Suárez lo mandaría a buscar a un niño muy simpático que andaba rodando su carrito para que él le informara dónde podría hallarlo. El niño rio mientras Mercedes se alejaba con su bebé en los brazos.

—¡Oye, Juvenal, cómo eres bestia! ¿Por qué la dejaste ir si estaba re buena?

Pero Juvenal no los escuchó porque estaba pensando en conseguirse un niño de brazos y pasar toda su vida preguntando por la ciudad si alguien conocía a Mercedes Rodríguez.



BEJITO